

DIÁLOGOS DE LA NOCHE Y DE LA AURORA

Biblia y temas de hoy

Luigino Bruni

Diálogos de la noche y de la aurora

Una relectura de *Isaías*



Ciudad Nueva

© Luigino Bruni

Traducción: *Isaías Hernando*

Edición: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

© 2021, Editorial Ciudad Nueva

José Picón 28 - 28028 Madrid

www.ciudadnueva.es

ISBN: 978-84-9715-513-7

Depósito legal: M-31.797-2021

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Afanías Industrias Gráficas - Alcorcón (Madrid)

Introducción

Los sentidos de la primera palabra

Dios conquista la omnipotencia para consolar;
de la infinita necesidad de consolar
nace la vida eterna.

Sergio Quinzio, *Un comentario a la Biblia*

El encuentro con los profetas es una etapa fundamental en el camino espiritual y moral de la persona. Sin embargo, muchas personas viven y mueren sin este encuentro; del mismo modo que muchos hombres y mujeres terminan su existencia sin haber experimentado la belleza de una obra de arte, sin haber leído una poesía, sin haber sentido la respiración del universo en una noche estrellada, sin haberse enamorado, sin haber recitado una oración o sin haber trabajado nunca. Es posible vivir sin todo eso, también sin Leopardi, Fernando Pessoa y Shakespeare. Pero si somos capaces de encontrar estos dones espirituales y muchos otros que están esparcidos por el mundo para nosotros, el horizonte de la vida se ensancha y alcanza estratos más profundos. Todo esto es solo gracia, gratuidad total. No hay mérito alguno.

Por eso, lo primero que sentimos al recibir estos grandes dones, la experiencia más verdadera, es un dolor en la carne por todos los hombres y mujeres —demasiados—

que se ven excluidos de esta gratuidad sin culpa alguna. La existencia humana es, quizá por encima de todo, un proceso de descubrimiento de la gratuidad que nos rodea y que con frecuencia se presenta recubierta por un envoltorio de dolor. Esta búsqueda del tesoro solo acabará con la muerte, ni un minuto antes, y uno de los mayores dones será descubrir que, sin darnos cuenta, hemos aprendido a morir.

La mayoría de las personas, casi todas, pasan su vida sin encontrarse con Isaías. Su libro también es un puro y grandísimo don que lleva milenios custodiado en el corazón de la Biblia, en compañía de los demás profetas. Un solo capítulo de este libro bastaría para dar infinitas gracias a los antiguos escribas y cantores por haber salvado los textos bíblicos de asedios, persecuciones, incendios, deportaciones y exterminios. Solo la experiencia del valor absoluto de la palabra podía proteger del fuego y de la espada aquellas frágiles palabras escritas. No tenían más que la palabra, y por eso pudieron salvarla.

El humanismo bíblico no se desvela sin los profetas. Nos es vedado sin Isaías, que destaca entre todos ellos por su inmensidad. Isaías es una de las cumbres máximas del genio humano. Sus páginas más bellas no deberían faltar en ninguna antología literaria escolar, de donde está totalmente excluido debido a una falta radical de laicidad verdadera. Nuestra cultura es demasiado mediocre como para ver y anhelar las cumbres. Pero sin Isaías no se puede entender a Cristo, ni siquiera a los personajes de su pesebre (*Is 1, 3*). Los Evangelios fueron escritos en el reverso del rollo de Isaías.

Cuando lo olvidamos, los transformamos en textos morales o en una colección de milagros.

La profecía bíblica es un «bien común» de la humanidad de todos los tiempos. Todos los profetas son poda, abono, escardadura, siega, cosecha y vendimia del espíritu y, por consiguiente, de la vida, que es vida humana porque es espiritual. Todos lo son, pero Isaías lo es antes y por encima de todos. Su meditación es un valioso ejercicio para encontrar o reencontrar el sentido y la verdad del alma y de la salvación, para recobrar la esperanza tras las destrucciones, las ruinas, los lutos, las esperanzas vanas y los falsos consuelos que siempre acompañan a estos acontecimientos. Pocos resisten junto a la grandeza, la belleza y la poesía de Isaías. Uno de ellos es, ciertamente, Job, entre otras cosas porque, al igual que Isaías, nos ayuda a comprender *qué no es Dios* y en qué no debe convertirse si no queremos transformarlo en un ídolo en el que creer o no creer. Pues, al igual que hay muchos creyentes en ídolos, también hay muchos no creyentes en ídolos.

El libro de Isaías es más grande que el texto escrito por Isaías «hijo de Amós» (*Is* 1, 1). El texto que ha llegado hasta nosotros es fruto de muchas manos. Tres de ellas son conocidas, y son el Primero (capítulos 1-39), el Segundo (40-55) y el Tercer Isaías (56-66). Durante dos siglos (entre VIII y VI a. C.), una tradición profética retomó el primer texto y lo enriqueció, poniéndolo en diálogo con los acontecimientos de las distintas etapas de la historia de Israel y de los pueblos vecinos, y haciéndolo más poético, genial e inmenso. Lo mismo ocurrió con

muchos otros grandes textos del genio humano. El resultado de este largo proceso de creación es una obra colectiva que excede el genio de su primer autor. El Isaías que sucede a Isaías ama y enriquece el libro de Isaías. Escribiendo palabras más grandes que las de los autores de los libros es como el Espíritu inspiró la palabra bíblica y muchas otras palabras humanas.

No es necesaria la acción de muchas manos para hacer grande un texto. A menudo basta con una, si es buena. Pero en el caso de los textos bíblicos, la acción colectiva aumenta la fuerza de la palabra, la convierte en comunidad, edifica la *ecclesia*. Esta acción coral no se ha detenido nunca, porque estos textos se siguen enriqueciendo cada vez que alguien los comenta de nuevo, o se atreve a escribir una nota, o usa sus palabras para aprender a rezar. Precisamente esta libertad espiritual para enmendar, actualizar y «tocar» los textos, incluso los textos inmensos de Isaías, permitió que en Israel la palabra no se convirtiera en un ídolo, como podía haber ocurrido dado su valor absoluto.

El libro comienza con Isaías poniendo el cielo y la tierra (1, 2) por testigos de la acusación de corrupción que Yahvé dirige a su pueblo a través de la palabra misma del profeta: «¿De qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? –dice el Señor–. Estoy harto de holocaustos de carneros, de grasa de cebones; la sangre de novillos, corderos y machos cabríos no me agrada [...] No me traigáis más ofrendas vacías. Novilunios, sábados, asambleas... no aguanto reuniones y crímenes. Vuestras solemnidades y fiestas las detesto; se me han vuelto una

carga que no soporto más. Cuando extendéis las manos, cierro los ojos; aunque multipliquéis las plegarias, no os escucharé. Vuestras manos están llenas de sangre» (1, 11-15).

Como Cohélet, Isaías nos dice sencillamente que los sacrificios son inútiles y estúpidos; no porque no sean los adecuados, sino porque son inútiles y estúpidos *sin más*. Y lo dice al comienzo de su canto. Sabe que no podrá anunciar la palabra si no despeja antes el terreno de una idea equivocada de Dios: sediento de sacrificios, que actúa por la lógica calculadora del dar y el tener. Toda reforma religiosa comienza negando al dios económico, el dios que comercia con los hombres, y expulsando el mercado del templo.

Los profetas no son equilibrados, y mucho menos educados y prudentes. A diferencia de nosotros, ellos no terminan sus críticas diciendo: «sea como fuere» o «no obstante...» con el fin de atenuar la fuerza de su denuncia con el sentido común. Son siempre parciales, exagerados, excesivos. Aquí Isaías no dice, como quizá nos gustaría: «sea como fuere, hay que hacer sacrificios, hay que ir al templo». No, Isaías no cede ante la sensatez religiosa de su tiempo/templo, y resiste en su denuncia de parte. La primera dificultad de la profecía radica en que no hace concesiones al sentido común ni a la prudencia.

Si los profetas atenúan la fuerza de su denuncia autocensurándose para no parecer excesivos o imprudentes o para no resultar demasiado inconvenientes con respecto a las instituciones que critican, entonces reniegan de su vocación. El único modo que tienen los profetas

de amar a su pueblo, incluidas las instituciones y los jefes, es no atenuar la fuerza radical y excesiva de la palabra. El sentido común, la prudencia y la moderación son virtudes propias de las instituciones, no de los profetas. Pero sin el exceso y la imprudencia de los profetas, las instituciones se convierten en tristes oficinas burocráticas; el poder, en simple abuso; y los pobres se vuelven invisibles y son abandonados en las periferias. Los profetas nos muestran con su voz lo que los poderosos no pueden o no quieren ver. Todos los profetas. Sobre todo Isaías.

Para que podamos tener la *esperanza* de encontrarnos de verdad con Isaías –los grandes encuentros de la vida no se pueden programar, solo esperar y aguardar–, es necesario que comencemos su lectura *como si hubiésemos nacido hoy*. Debemos hacer todo lo posible para intentar liberarnos de las ideologías religiosas y antirreligiosas con las que hemos crecido y con las que hemos construido el sentido de nuestro estar en el mundo. Isaías es un don para todos, pero sobre todo para quienes nunca han creído, y de manera especial para quienes han dejado de creer aunque quisieran seguir creyendo. Su canto es canto de la aurora, brisa del alba, estrella de la mañana. Es una introducción a la vida en tiempos de ruina, para todas las ruinas y para todos los tiempos.

A lo largo de los siglos, muchos han comenzado a creer o han vuelto a creer, a tener esperanza y a amar con Isaías. Deberíamos acercarnos a él ignorando las palabras de nuestra religión y de nuestra falta de religión. Comenzar a leerlo como si nunca hubiésemos escuchado la

Índice

<i>Introducción. Los sentidos de la primera palabra....</i>	5
Dios no es un ídolo	13
Los sonidos y los colores de las palabras.....	21
Como faros en la espera.....	29
Guardianes de la buena semilla	37
El nombre del hijo	45
El fulgor de los fuegos fatuos	53
La salvación está al final.....	61
El día de los hijos	69
La fraternidad del sábado santo	77
La profecía de la torta de uvas.....	85
Los diálogos de la noche y de la aurora.....	93
El sufrimiento de unos ojos impotentes	101
Quien cree, sabe esperar	109
La maldición de los profetas aduladores.....	117
La <i>Laudato sii</i> del profeta	125
La libertad de sacudirse las manos	133
La soberanía perfecta del ídolo	141
El abrazo del ángel terrestre	149

El consuelo de la profecía	157
La señal de Adán	165
La maldición de los recursos	173
La vocación del segundo día	181
Las fecundas heridas del nuevo parto	189
Lo necesario es demasiado poco	197
La flor del mal que salva	205
Otros ángeles sobre la misma gruta.....	213
La bendición del grano de uva salvado	221
La noche no es infinita.....	229
<i>Bibliografía</i>	235